



XVII

Dos días permanecieron en la villa y sus contornos los mutiles de Miquelo Egoscué. Al alba del tercero, todavía con estrellas, se pusieron al camino. El carro iba en la retaguardia con una escolta de tres soldados aspeados. Cerca de San Martín de Goy se juntaron con una partida de siete hombres, que venían atajando por un campo encharcado, livido bajo las luces del amanecer. Todos se conocían y desde lejos comenzaron á darse voces:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Teneos! ¡Teneos!

—¿Qué ocurre?

—Está encima el enemigo. Viene por la carretera.

—¿Muy lejos?

Contestó por todos un viejo que sólo estaba armado con un palo:

—Pues que nos atrapan si nos tenemos acá en mucha plática.

Miquelo Egoscué se adelantó, rigiendo el caballo con gallardía:

—¿Por dónde vienen y quién los ha visto?

Respondieron muchas voces:

—Todos los hemos visto.

Y añadió el viejo:

—Ahora estarán llegando al pinar quemado...

Ciro Cernín, con los ojos en lumbre, levantó su cayada:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Es traición del Cura!

El capitán le impuso silencio con un gesto violento, inclinado sobre el arzón oía á los siete aldeanos que, confundidos con su tropa, iban pregonando el peligro. El molinero llamó al viejo, que estaba apoyado en el palo con una expresión abismada y adusta:

—Pero Mingo.

El viejo levantó la cabeza:

—¡Mandar!

—¿Qué cavilas, tú?

—Pues cavilaba en la manera de hacerme con un fusil... Poco vale un palo en la guerra.

Y enseñaba su garrote, nudoso como un basto, á los mutiles de Miquelo Egoscué. Le gritó el versolari de Albéniz:

—Si caigo, heredas mi carabina, Pero Mingo.

—A ti no te parte una centella.

LA GUERRA CARLISTA

—Voy en la fila de alante.

—Yo, con mi palo tengo de ganarme un fusil, si hacemos cara...

Miquelo Egoscué llamó al viejo, é inclinado sobre el arzón le interrogó en voz baja:

—¿Ha visto bien que eran roses, tío?

—¡Bien lo vide!

—¿Mucha fuerza?

—¡Un sin fin! Las tropas republicanas se mueven para juntarse en el Valle de Olaz.

Egoscué se puso la mano sobre los ojos, y así estuvo un momento, como si quisiese oír dentro de sí la voz de la corazonada:

—¿Qué conviene hacer?

Repitió muchas veces las mismas palabras, doblado sobre el borren, dejando sueltas las riendas del caballo. Al cabo, el viejo Pero Mingo le interrumpió adusto:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Hijo, lo que conviene tú lo verás, que para ello eres el capitán!

—¡Y usted de los mutilés que ahora se nos juntaron!

—Yo los encaminaba por aquello de ser más viejo, que á esos no hay quien los mande. ¡Son lobos de Roncesvalles, de la ascendencia de los que devoraron al gran Carlomagno! ¡A esos no hay quien los mande!

—Tío, que me hablen á mí.

—¡Pues ni que serías el gran Bernal del Carpio!

—Soy Miquelo Egoscué.

Con los ojos brillantes y alzado sobre los estribos, avizoró el camino. Después, vuelto á su gente que se apretaba en un haz alegre y palpitante, habló con el calor ingenuo de un soldado antiguo, y era su voz como un bronce sonoro:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Muchachos, vamos á pelear por el Rey Don Carlos! Si vencemos, á todos nos dará su mano por leales y por valientes, como hizo la vez pasada cuando lo de Aoiz. ¡Muchachos, vamos á pelear por el Rey y por Doña Margarita! Si hallamos la muerte, también hallamos la gloria como soldados y como cristianos. La gloria de la tierra y la gloria de luz que da Dios Nuestro Señor. ¡Ay, mutes de Navarra, vamos también á pelear por nuestros niños los príncipes, que son tan pequeños que yo los vi estar al pecho de la Reina!

Los soldados gritaron:

—¡Viva Dios! ¡Viva el Rey!

A una voz del capitán corrieron hacia el monte en desbandada, y desaparecieron agazapados entre la maleza y los peñascales. Se veía de tiempo en tiempo alguna boina roja que pa-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

saba corriendo al abrigo de un ribazo, y más lejos, en lo alto de las peñas, aparecer y desaparecer. Miquelo Egoscúe se acercó al carro donde iban las mujeres:

—¿Qué hacemos?

Y se volvió, interrogando con los ojos al contrabandista. El viejo le miró socarrón:

—¡Buen avío se nos presenta!

Dictó el capitán:

—Aquí no pueden estarse las señoras. Si deciden seguir camino, les daré una escolta.

El contrabandista arreó el tiro con la vara del látigo.

—¡Jo!... ¡Reparada!... Una escolta y un tambor que nos pregone. El carro con las mujeres, yo lo hago pasar por medio de un campamento. ¡Dios, que algo se aprende con cincuenta años de estudios por caminos y veredas! Pero

LA GUERRA CARLISTA

nada de escolta... Amo Miquelo, el carro con sólo las mujeres.

Murmuró la niña, que estaba atenta al movimiento de los labios:

—¿Y adónde saldremos?

—¡Dios que lo sepa, y puede también que algún santo!

—¿No sería mejor volvernós á Urdax?

La Madre Isabel hizo un gesto negativo, y llamó á Cara de Plata, que oteaba encaramado sobre una barda:

—Hijo, puesto que no podemos estarnos en medio del camino, vamos adelante...

El contrabandista volvió á ceñir la vara sobre el lomo de una mula:

—Ningún avío nos hace el mocé. ¿Hay conformidad ó no hay conformidad?

Cara de Plata le dió una palmada en el hombro:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Hay conformidad. Yo me quedo, y tendré aquí mi bautismo de soldado.

La Madre Isabel le miró fijamente:

—¡Dios haga que no sea de sangre!

Cara de Plata hizo un gesto alegre y violento:

—Lo que yo quiero es ocasión para señalarme.

El viejo recuero parecía mascullar una sonrisa socarrona y picara, al mismo tiempo que miraba de soslayo guiñando un ojo bajo la aspereza gris de la ceja.

—Pues agradézcame el regalo.

Le miró desdeñoso el hermoso segundón y tiró del fusil que tenía escondido en el carro:

—¡Adiós todos!

Eladia se incorporó con una sonrisa tímida, y le ofreció su rosario. Cara de Plata se acercó, y la niña se lo puso al cuello:

LA GUERRA CARLISTA

—Llévelo siempre Don Miguelito.

Cara de Plata afirmó con la cabeza, y se alejó alegremente, apostándose en el borde del camino, al abrigo de una barda. Una ráfaga le había llevado el sombrero, y le revolaban sobre el limpio marfil de la frente los rizos de un oro sangriento. El capitán le advirtió:

—Más lejos, Señor Cara de Plata. No es bueno querer señalarse tanto. Entrémonos por el monte.

Se apeó del caballo, y tirando de las riendas, se juntó con el segundón. Marchando á la par, se emboscaron monte arriba. Poco después, por todo aquel camino entre montañas, sólo se oía un cascabeleo de colleras.



XVIII

El sol se levantaba sobre los montes. Había un prado que parecía de esmeralda y un bosque negro, con las ramas sin hojas, inmóviles, destacándose sobre el oro de la luz, como dibujadas con tinta china. El carro rodaba por la carretera, lento y bamboleante. Sólo conducía á las mujeres, pues el soldado enfermo también se había quedado con la partida. Eladia mecía al niño, la monja miraba al camino y el contrabandista, sentado entre las varas, con el vaivén,

LA GUERRA CARLISTA

se adormilaba. La Madre Isabel, de tiempo en tiempo, separaba los ojos del camino y se recogía en sí misma. Hojeaba su libro de oraciones, leía algunas palabras y miraba una estampa de la Virgen y el Niño. Era copia de un cuadro italiano, y tenía para la monja el encanto inocente de sus viejos rosales conventuales. La monja sentía venir de aquella estampa el aroma campesino del Evangelio. Lo sentía en la manzana que el Niño alzaba como en juego y en el copo de lino que hilaba la Virgen María.

Otras veces, la Madre Isabel miraba los campos tendidos bajo el oro de la luz, y suspiraba pensando en la guerra. Recordaba el ardimiento de aquellos aldeanos que acechaban el paso de las tropas republicanas. Era un pueblo de cruzados que luchaba por la fe. Y, sin embargo, cuando iban á morir y á dar la muerte, no

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

entraban en sí mismos, no sentían el alma toda en temblor ante el misterio de la eterna justicia. ¿Era así la guerra? ¡Un olvido de la vida y del fin! ¡Un resplandor que calcina todos los pensamientos! ¡Un resoplar y un golpear de fragua que enrojece las almas y las bate como el hierro! De aquellos aldeanos ocultos en los breñales, y prontos á caer sobre el camino, nadie podría decir cuáles eran los que llevaban consigo la muerte. Estaba ya con ellos y ninguno la sentía.

La Madre Isabel recogíase en sí misma, y con los ojos en su libro de oraciones, dejaba caer las lágrimas sobre las hojas, conmovida por el candor milagroso de la estampa donde la Virgen hila su copo y el Niño sostiene la manzana. Lloraba contrita. Aquélla debía ser la pauta del mundo: Una sucesión de vidas en la gracia de

LA GUERRA CARLISTA

una paz familiar: Y la ley para todos los hombres, aquel libro campesino y divino donde estaban las parábolas de Jesús. Pero este sentimiento se quemaba como un perfume en la llama de otro sentimiento, cuando la monja alzaba los ojos con rocío de lágrimas, y los hundía en la bruma matinal. Muy á lo lejos brillaban los fusiles de la tropa republicana: Flameaban las banderas y se veía descollar á los jinetes dominando las filas de roses. La monja temblaba con el anhelo de la victoria, era un temblor apasionado y fuerte. Comprendía entonces el fin de la guerra, y que la sangre, sobre aquellos campos, era también signo de redención.

El sol naciente hacia relumbrar los botones de los capotes al herirlos de soslayo. Venía delante una sección de cazadores deshilados por las cunetas de la carretera. Marchaban despre-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

venidos, cantando para hacer más llevadera la jornada, y traían como verederos á dos aldeanos, padre é hijo. Los descubrieron haciendo leña en un hayal, y con amenazas los forzaron á que les sirviesen de guías. Cuando la tropa estuvo cerca, el contrabandista detuvo su carro sobre una orilla del camino y desunció el tiro, espantándolo con algunos latigazos. Las mulas huyeron, arrastrando las correas del atalaje, y se internaron en una gándara, donde comenzaron á pacer, mordisqueando los brotes de la retama:

—¡Al avío!

Y el viejo golpeó la piedra del yesquero para encender la tagarnina. Después explicó, hablando con la monja:

—Si los guiris quieren el carro, tendrán que hacer alto, tan y mientras engancho... Pudiera ocurrir que por la demora nos lo dejasen.

LA GUERRA CARLISTA

La monja asintió, inclinando muy lentamente los párpados, hasta que el velo de las pestañas tocó la sombra de la ojera. Llena de dulce serenidad, al cabo de un momento volvió á mirar el camino, y vió llegar á los soldados que rodearon el carro dando voces. Eran mozos imberbes, pequeños y trasquilados, á quienes la holgura de los capotes daba cierto aspecto de náufragos. Un sargento que se había sentado en la cuneta con el fusil entre las piernas, al paso de un oficial se levantó, tocando con el borde de la mano la visera del ros:

—¿Mi teniente, nos llevamos el carro?

El oficial miró á uno y otro lado con aire perplejo:

—Vamos bien sin impedimenta... Ya resolverán en la retaguardia... En fin, haga usted un cateo...

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Siguió adelante, y dirigiéndose á otro oficial comentó riéndose:

—El carro no, pero la carga sí que me la llevaba. ¡Es guapa la mocica!

—No está mal.

—Ya la quisieras para después de la cena en Olaz.

—¡Qué alojamiento hallaremos!...

—Nosotros bueno. El que llega primero siempre tiene alojamiento.

—Todo en esta tierra nos es hostil.

—La retaguardia será la que duerma al raso.

—¿Tú has estado en Olaz?

—Una vez de paso.

Formaba la retaguardia una compañía de cazadores, tan rezagada que casi había perdido el contacto con el resto de la columna. Eran bisoños y enfermos, mezclados con algunos veteranos.

LA GUERRA CARLISTA

Un soldado se detuvo mirando el carro:

—¡Así se va mejor que á pie!

El contrabandista humeó su tagarnina con adusto desprecio. Otro soldado, más audaz, intentó meter la cabeza bajo el toldo y jalearse á las mujeres. Otro imploró como un mendigo:

—¡Abuela, tenga caridad! ¿Quiere darme á esa niña, ya que nunca me ha dado cosa ninguna?

El recuero se le puso delante:

—Anda, y sigue tu camino sin tocar con la gente de bien, mocé.

Gil García, el veterano capitán, que iba á mujeriegas sobre el asno de un molinero, se detuvo en medio del camino:

—¡A ver! Que se acerque ese hombre.

Y con la mano señalaba hacia el contrabandista. El viejo acercóse con la cabeza descubierta:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¿Qué manda usía?

—¿De dónde vienes?

—Amanecido salí de Urdax. Luego, en el camino, nos dijeron que andaba una gavilla de facciosos y me di la vuelta con el carro.

—¿Y por qué desunciste las mulas?

—Por hacerlas agradecidas. ¡Ganado más ladrón! Venían cansadas y quise darles un huelgo.

El veterano le miró entornados los párpados y cabeceando sobre la albarda:

—¡Estás un buen pájaro!

Con el ademán de un santón, levantó su diestra sobre las orejas del asno, y un sargento se acercó disimulando que cojeaba. El capitán señaló el carro:

—Registradlo.

Murmuró desabrido el contrabandista:

LA GUERRA CARLISTA

—Por mí que lo registren... Ya lo han hecho. Molestia para las mujeres y para todos... Ya sabe usía que yo, ni con carlistas ni con liberales. Yo no tengo otro rey que el de la moneda.

El capitán se mecía sobre el asno, manoseando la barba:

—¡Buen pájaro estás!

El sargento interrogó:

—¿Qué se hace con el carro, mi capitán? Viene de vacío. Las mujeres lo tomaron de retorno.

Meditó el veterano. Ante sus ojos vagos y absortos subía y bajaba el asno sus largas orejas. Gil García, fortalecido por la meditación, levantó la cabeza y metióse en la boca un puñado de barbas: Tascándolas contempló el carro inclinado sobre la cuneta, con una rueda en alto, y á las dos mujeres que rezaban:

—Déjelo usted seguir, sargento Morote.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Se alejó balanceándose sobre su bíblica montura. El recuero saludó con aspereza leal y bravía, de buen navarro:

—¡Señor capitán, que tenga usía mucha salud y mucha suerte!

Y derribado el chapeo sobre las cejas de lobo cano, miró al sargento, que se alejaba sin disimular la cojera, maldiciendo del capitán y de sus borceguíes, unas cormas con las suelas desclavadas:

—¡Cómo va en el borrico, predicando la bula!... ¡Malditos caminos!...

La niña sorda tocó el brazo de la monja:

—¿Nos dejan seguir adelante?

La Madre Isabel entornó los ojos, al mismo tiempo que se llevaba un dedo á los labios. Las dos mujeres en silencio, sin moverse del carró, vieron desfilar la tropa. Pasaron los últimos va-

LA GUERRA CARLISTA

rios soldados de infantería: Unos cojeaban, y otros iban cargados con dos fusiles. La monja, llena de lástima, sentía como un reflejo de aquel cansancio y de aquella miseria, contemplando la cinta de la carretera que subía por el monte. Cuando acabó el desfile, bajáronse del carro las mujeres, y sentadas en la orilla del camino se pusieron á rezar, esperando á que las mulas fuesen uncidas. De pronto, rodó el eco de un tiro bajo el cristal matinal. Gritó el contrabandista.

—¡Uno que ha hincado!

Eladia adivinó, y angustiada volvióse mirando á la monja. La Madre Isabel estaba muy pálida. En el espejo interior se le aparecía aquel pelotón de soldados embarrados y aspeados, donde algunos, los más fuertes, llevaban los fusiles de los otros. Era un recuerdo que se abría

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

en su alma como una flor y como una herida. El último soldado del desfile tenía el bozo de oro y los ojos de niño, esos ojos aldeanos que parecen guardar el misterio de los paisajes que han visto. La monja le juntó en su recuerdo con los rapachines que había contemplando tantas veces, desde la ventana de su celda, apacentando las vacas en los prados de Viana del Prior. Sentada en la orilla del camino real, en medio de aquel paraje de rocas y montes, suspiró por los verdes horizontes nativos, por el sol de su ventana alegrando la vejez de una malva.

El tableteo de las descargas pasó sobre los montes: Se dijera una tronada distante. La Madre Isabel se puso en pie con el anhelo de algo oscuro y religioso que no se hacía luz: Vió las nubes de humo que volaban sobre los matorrales del monte y sintió crecer su angustia ante la

LA GUERRA CARLISTA

cinta de la carretera, que daba vueltas para es-
calarlo. Era un camino hecho por los hombres,
y parecía que sólo condujese á la muerte. Aqué-
llos rapacines aldeanos, vestidos con capotes
azules y pantalones rojos, que un destino cruel
y humilde robaba á las feligresías llenas de paz
y de candor antiguo, iban á la guerra por ser-
vidumbre, como podían ir á segar espigas en el
campo del rico. ¡Qué diferentes con aquellos
otros soldados del Rey Don Carlos! La Madre
Isabel se cubrió los ojos:

—¡Señor Mío Jesucristo, Tú me enseñas que
mis manos estarían malditas si no enjugasen la
sangre que ahora se está derramando!

Y marchó sola por la carretera embarrada.



XIX

Aquella retaguardia de enfermos y bisoños,
perdido el contacto con las compañías de van-
guardia, desfilaba entre dos lomas que parecían
los pechos de una gigante. Más lejos se perfila-
ba un puente de madera que tenía el pretil
blanco de nieve, y á uno y otro lado enriscados
montes, con las quebradas cubiertas de pinar.
Y entre el pinar y el río, al flanco izquierda,
una siembra encharcada. Gil García espoleó su
asno al mismo tiempo que le gritaba á un capi-